

francotiradores

Precisiones para entender aquella tarde
de Hugo Abraham Wirth

Lucía Leonor Enríquez



*Since the world drives to a delirious state of things,
we must drive to a delirious point of view.*

JEAN BAUDRILLARD

SABEN TU NOMBRE, CUÁNTO DEBES, dónde trabajas, tu estado civil. Han pasado por un arduo y efectivo entrenamiento que los vuelve incapaces de escucharte. Así que no te equivoques, tus ocupaciones y vicisitudes no son de su incumbencia, tú no les interesas en lo absoluto. Tú eres un cúmulo de datos y un monto a cubrir. Ellos quieren saber si pagarás, cómo pagarás y cuándo pagarás, ¿aceptarás el plan que te proponen o tienes alguna contrapropuesta? Lllaman de madrugada, en la tarde, a mitad de una junta y por la noche, en días de asueto y fines de semana. Puedes gritarles, colgarles, maldecirlos y desviar infinidad de veces la llamada, ellos son inmunes, ellos volverán a insistir. Cuando piensas en los trabajos rutinarios que asignan en el inframundo, ya nadie lleva piedras a la cima de una montaña, tienen instalado un Call Center. Ahí se repite hasta el hartazgo la misma tarea, ahí se tortura a operadores y deudores.

En *Precisiones para entender aquella tarde* de Hugo Abraham Wirth, la frustración y la astenia de los que laboran en una gran corporación se ven sacudidas por un temblor. Para entender las consecuencias del extraordinario suceso, habrá que mirar de cerca a los habitantes del hermoso edificio de enormes ventanales, aunque ellos en realidad no existen, están desdibujados en su medianía. Los tibios, los de vida gris, los abúlicos.

Desde los primeros momentos en que tuve conciencia de mí mismo, sentí que me apagaba.

IVÁN GONCHAROV

La industria de los *Call Centers* se desarrolló a partir de la década de 1970 para resolver las necesidades de las empresas que requerían masificar la atención y contacto con sus consumidores y atraer a potenciales clientes. Al incrementarse su alcance, se volvió más

agresiva la intrusión del operador en el espacio privado del usuario, y aparentemente, la fuerte crítica que esto motivó, permitió el avance de la industria hacia el concepto de Contact Centers, donde la negociación es menos rutinaria y el trato es individualizado. ¿Trato individualizado? Por eso se presentan, te llaman por tu nombre y te preguntan cómo estás.

Ante tan profunda y a la vez trivial pregunta, ni de broma respondas como lo hacía un connotado escritor nacional: “Bien o ¿tienes tiempo?”. Una honesta replica para alguien que difícilmente espera que el interrogado se someta a un análisis minucioso y responda con brutal sinceridad. No, los operadores esperan el cívico y cortés: bien. Aceptémoslo, tú sólo eres un número de registro, eres lo que consumes y lo que eres capaz de pagar. Lucy, Fátima, el Cerdo, José y el Jefe de todos los Jefes de Personal tampoco importan, son los agentes infernales que te recordarán los dígitos de tu miseria, lo insignificante que eres en el trabajo, si lo lograste o no. A ambos lados de la línea, hiede a desilusión...

Tal vez a costa de tener dos trabajos y las tarjetas de crédito al límite, tengas al perro, el depa, el coche, pero todavía no sientes la paz y el regocijo de los que “ya la hicieron”. Quizá como Lucy, tengas la sensación de que no has hecho nada que valga la pena. Posiblemente te llenes de libros de superación personal y como Fátima te cuestiones qué haces con sutano, por qué le permites tal cosa a perengano. En el fondo, sólo quieres entender cuál es la razón por la que has venido a este mundo. Tiene que ser algo más que trabajar para vivir, pagar puntualmente la renta, obtener la comisión y la promoción laboral. ¿Cuál es la chispa que te está haciendo falta? En esa compulsión casi enfermiza por la felicidad a cualquier precio, no faltan las terapias y consejos de autoayuda, la trivialización del *Carpe Diem*, los “sonríe aunque no estés contento” y una sarta de idioteces

que te recuerdan que, sin importar lo que pase, tienes que disfrutar al máximo el día a día pero, oh calamidad, hacerlo depende de ti. No basta con que lo desees, no es suficiente con que lo dectes, la felicidad, dicen, está al alcance de tu mano, pero tienes que esforzarte para ganártela, vaya responsabilidad, ¡un trabajo más para agobiarte! Ahora los miserables tienen una razón más para acongojarse: han fracasado en su búsqueda de la felicidad (sea lo que ésta sea). Enfrascados en esta loca carrera hacia ningún lado, Lucy, Fátima, el Cerdo, José y el Jefe de todos los Jefes de Personal toman su lugar en el gran engranaje, y si bien todos parecen hechos de la misma materia insignificante, hay jerarquías. Siempre hay alguien con más poder. Siempre hay alguno parado sobre un ladrillo, investido con la autoridad suficiente para humillar sistemáticamente y hacer más diminuto al otro.

Dice Baudrillard en *La transparencia del mal* que es humano depositar nuestra suerte, nuestro deseo y nuestra voluntad en manos de algún otro. Nos deshacemos del peso de la responsabilidad pues es mejor, más cómodo quizás, ser oprimido por alguien más, ser feliz, o desdichado, por otro que por uno mismo, y el jefe suele ser el chivo expiatorio de tu falta de tiempo, el cansancio, el mal humor y las jaquecas. El jefe, ese ser instalado unos peldaños más arriba que puede violentarte hasta el grado del entumecimiento, llevarte al punto en que nada te indigna, y donde te descubres con la disposición de tolerar aún más.

Cuando un organismo deja de funcionar según la regla del juego genético, las células comienzan a proliferar en el desorden e invaden todo alrededor; esta dinámica perversa se reproduce en otros ambientes. No hay buenos ni malos. No hay querubines nalgones ni demonios astados. Hay una vocación por contaminar al otro. Y es esa metástasis lo que Wirth muestra, lo salvaje del contacto de un hombre con su semejante. Muestra la trampa en que se volvió el mundo y cómo ese funcionamiento voraz y caótico se propaga en la vida y el trabajo. Pero los temblores tienen consecuencias, ¿o no?

La dramaturgia de Hugo Wirth se distingue por una potente visceralidad que en *Precisiones para entender aquella tarde* se muestra más madura, y por tanto, contundente. A contramano de esa escritura teatral buena onda y bienaventurada, Wirth es un dramaturgo honesto que se plantea retos. Los campos de batalla que elige para su escritura permiten adivinar lo que le afecta, la involución que le indigna. La sordidez de los universos que plantea está lejos del lugar común y se agradece su mirada sin complacencias. Aquí palpita un interés genuino por los personajes, y sus historias. No hay turismo dramático.

Los parias de este y cualquier otro infernillo del ritmo de vida nuestro se encarnarán y cobrarán su justa dimensión en escena, cuando la obra ganadora del Premio Nacional de Dramaturgia UAM/UdeG/SCGDF 2013 sea representada en alguno de los escenarios del Sistema de Teatros. Hasta entonces, sigamos en la búsqueda. ▀



Precisiones para entender aquella tarde
Hugo Abraham Wirth
México, UAM (Molinos de Viento 163)
2014, 55 pp.